

HACE aproximadamente un año, en vísperas de las elecciones venezolanas, sostuve una larga entrevista con José Vicente Rangel, independiente y candidato a la Presidencia por la coalición MAS (Movimiento al Socialismo)-MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). El hombre con quien hablé entonces era algo distinto al que encuentro ahora. Me pareció entonces un político galvanizado por la campaña electoral y lleno de esperanzas. Ahora, la situación general de Venezuela es distinta, y José Vicente, en tanto que hombre de la izquierda, encaja perfectamente en esa situación. Ganó abrumadoramente las elecciones Carlos Andrés Pérez, candidato de Acción Democrática, y entre el segundo partido, COPEI (Democracia Cristiana), y la coalición MAS-MIR hubo una muy sensible distancia. Fueron, pues, unas elecciones que muchos interpretaron como una gran derrota de la izquierda. Sucede, además, que, desde entonces, el MAS ha actuado con una prudencia política que los observadores más radicales, los que se atienen a su ideología antes que a la interpretación ideológica de la realidad que tienen delante, consideran más reformista que revolucionaria.

De todo esto he hablado con un José Vicente tan cordial como el de entonces, pero menos cortante y más reposado. La popularidad de Carlos Andrés Pérez, y el tono progresivo de muchas de sus disposiciones —aparte de su decidida posición a favor del restablecimiento de las relaciones con Cuba— ha dado un mentís a cuantos profetizaban un período de fuerte tendencia derechista. ¿Qué piensa José Vicente de todo esto? ¿Cuál es su análisis de la realidad política venezolana y del punto en que se encuentra el discurso de la izquierda latinoamericana? ¿Cómo afrontar los datos negativos alzados en su horizonte?

Análisis de una derrota electoral

JOSE VICENTE RANGEL.—Nuestra anterior conversación estuvo enmarcada por el proceso electoral. Considerando hoy cuanto dijimos en la campaña, creo que buena parte de ello se ha confirmado. En primer lugar, lo que se refiere a la continuidad de nuestra política. Nosotros fuimos muy enfáticos al declarar, de manera sistemática, que nuestra política no estaba particularmente insertada en el proceso electoral. Que se había producido una simple coincidencia entre la aparición de esa política en Venezuela y la coyuntura electoral, y que nuestra decisión era la de continuar, con independencia



Rangel: «Nosotros hemos hablado de nacionalizar el socialismo, de colocarlo a la altura del venezolano normal y corriente».

Izquierda en América Latina (I)

JOSE VICENTE RANGEL, VENEZOLANO

José Monleón

El panorama político de América Latina ha sufrido en los últimos tiempos una profunda transformación. Brasil, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile, conforman hoy una realidad bien poco concordante con la que profetizó hace una década la izquierda latinoamericana. Los sucesos de Argentina se suman a esta visión problemática de América.

Frente a esa realidad, nos ha parecido que podía ser importante hablar con tres hombres políticos de Venezuela, Colombia y Puerto Rico. Los tres son hombres de izquierda y los tres son parte de la crisis. José Vicente Rangel fue el candidato ampliamente derrotado del Movimiento al Socialismo (MAS) en las últimas elecciones venezolanas. Marco Tullio Rodríguez es un viejo militante colombiano que prefiere trabajar en el equipo del nuevo Gobierno liberal antes que seguir en la oposición. Carlos Gallizá fue una de las voces que contribuyeron a la escisión del Partido Independentista de Puerto Rico.

Sería ingenuo pretender que esto es un diálogo con toda la izquierda latinoamericana. Son muchas las tendencias, muchos los países y muy diversas las situaciones. Pero, sin duda, se trata de un material que puede ayudarnos no sólo a comprender lo que ocurre en los países de los entrevistados sino el desarrollo de un pensamiento autocrítico que corrige muchas de las formulaciones tradicionales.

Entre los tres consultados no existe relación directa ninguna, ni de partido, ni de pasado, ni siquiera de edad. Son personajes heterogéneos en situaciones también heterogéneas. Lo que da, me parece, a sus coincidencias un profundo valor significativo.

de esa circunstancia, el desarrollo de una política que consultaba a la nueva realidad del país, que incorporaba nuevos sectores a la lucha y que representaba un intento serio de pensar los problemas venezolanos en términos venezolanos. Una adaptación del proyecto socialista a la realidad venezolana. Todo eso estaba implícito en nuestros mensajes y en nuestra actividad. Y yo te puedo decir en este momento, a más de medio año de las elecciones, cuando ya ha bajado la marea de la agitación que acarrea todo proceso electoral, cuando ya puede hablarse al margen de la emotividad e incluso de las mentiras que se dicen con motivo de los procesos electorales, que nuestra política sigue en pie, incluso fortalecida. Porque ya no se trata de una experiencia emocional al calor de un proceso, con el inmediatez natural de estas situaciones, sino del producto de una sedimentación, de una decantación, cuando los ánimos han vuelto a su nivel normal y lo que adquiere mayor relieve es el trabajo silencioso, discreto, de carácter organizativo, que venimos realizando.

JOSE MONLEON.—Pero el resultado de las elecciones no se ajustó a muchas de vuestras previsiones. ¿En qué medida condicionan aquellos resultados el trabajo organizativo de que hablas?

J. V. R.—La pregunta es muy importante, porque nos sitúa ante las dos respuestas dadas a la hora de evaluar los resultados electorales. Dos posiciones, tanto para juzgar el fenómeno global de las elecciones como el número de votos que nosotros obtuvimos. En cuanto al juicio global de los resultados, está la opinión de quienes consideran que las elecciones constituyeron un triunfo aplastante de la derecha y una derrota brutal de la izquierda y la de quienes piensan que tales resultados no pueden interpretarse con ese criterio maniqueo. Para los que ven así las cosas —entre los que me encuentro—, lo sucedido —ese ochenta por ciento de los votos, conseguidos entre Acción Democrática y COPEI, los dos grandes partidos del sistema democrático representativo, es decir, del sistema económico capitalista dependiente— fue la expresión de factores publicitarios, de una polarización forzada por las dos grandes organizaciones, y también del hecho de que la izquierda no tuviera capacidad suficiente para llegar a densos sectores populares. Pero que, por otra parte, ese porcentaje obtenido por Acción Democrática y por COPEI no revela una votación de derecha, ya que ambos partidos hicieron una campaña en la que hurtaron muchas consignas a la izquierda. El partido COPEI, entonces en el poder, entró, prácticamente, con su candidato Lorenzo Fernández, en ▶

JOSE VICENTE RANGEL, VENEZOLANO

una competencia con la izquierda en cuanto al manejo de una serie de conceptos: nacionalización del petróleo, relaciones con todos los países del mundo, restablecimiento de las relaciones con Cuba, etcétera. Es decir, que buena parte de los votantes copelanos dieron su asentimiento a un programa progresista y no a un programa de derechas. Y lo mismo podría decirse de Acción Democrática. La única candidatura que se singularizó como una candidatura de derechas, es decir, que se manifestó partidaria de mantener el «status» petrolero, de conceptos desarrollistas al estilo brasileño, fue la de un banquero, el doctor Pedro Tinoco, que no tuvo más allá de veinte mil votos. Es decir, que, si vamos a ver, electoralmente, la candidatura que representó genuinamente, por su lenguaje, por el tipo de propaganda que hizo —que fue muy copiosa y muy abundante—, por las consignas que puso en la calle, el pensamiento de derecha, el pensamiento desarrollista, el modelo reaccionario para el país, fue la que recibió la más aplastante derrota.

En cuanto al análisis de los resultados obtenidos por nosotros, hay también dos posiciones. Una, que declara tales resultados decepcionantes, muy por bajo de las aspiraciones de muchos. Y otra —que yo comparto—, que considera que se obtuvo lo que era previsible obtener. Yo nunca pensé realmente que pudiéramos sacar más de doscientos mil votos —y así lo comentaba con mis compañeros—, porque era consciente de las limitaciones del proceso electoral en sí, del poderío de las fuerzas que estábamos enfrentando y de nuestras propias circunstancias. Nuestro movimiento era nuevo —tenía apenas dos años—, y en el mismo curso del proceso electoral tuvimos que hacer muchísimas cosas que los demás tenían hechas. Por ejemplo, hubo que legalizar el MAS, cosa harto complicada. De hecho, el MAS estuvo a punto de no ser legalizado, pudiendo estimarse hoy, a la vista de los trámites que fue necesario salvar, que se trata del partido más legal de Venezuela, más legal incluso que Acción Democrática y COPEI. Si pensamos que, simultáneamente al desarrollo de una campaña electoral tan difícil, tan dura, había que hacer los trámites burocráticos de reunir firmas, chequearlas ante los organismos de seguridad y cuanto requiere la ley venezolana de partidos, uno se da cuenta de que fue necesario dividir el esfuerzo entre la campaña y la legalización del partido.

La importancia de un color

—También es necesario —sigue José Vicente— considerar las ca-

racterísticas específicas de las elecciones venezolanas. Tenemos un sistema electoral muy primitivo, de cuando el país era masivamente analfabeto. Ese sistema electoral remite a una serie de colores y símbolos. Es decir, que aquí no se vota por nombres de candidatos a los cuerpos deliberantes; aquí, en un solo acto, se elige al Presidente de la República, a los senadores, a los diputados, a los legisladores regionales y a los concejales de Ayuntamiento. Aquí se vota por un color. Cuando en Venezuela se habla de blanco, se piensa automáticamente en Acción Democrática. Cuando se ha-

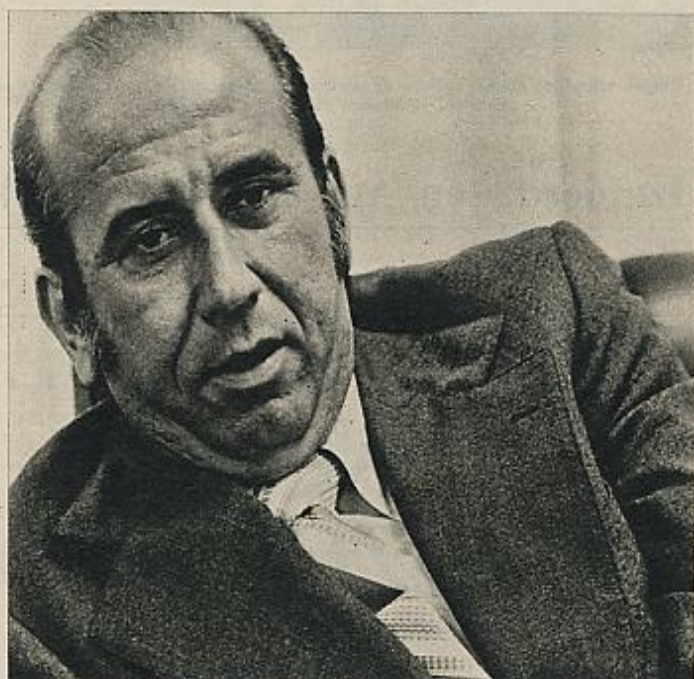
difícil de decir y de acuñar como «slogan». Y finalmente, está también el problema de la divulgación de la imagen de un candidato. Los candidatos del Sistema eran personas suficientemente conocidas y tenían detrás dos poderosas maquinarias apoyándolos. Una, la de Acción Democrática, que había sido Gobierno; otra, la de COPEI, que lo era en ese momento. Lorenzo Fernández había sido ministro de Fomento con Betancourt, y cuatro años, ministro del Interior con Caldera. Es decir, que tenía ya una imagen puesta en la calle, vendida. Lo mismo sucedía con Carlos Andrés Pérez, ex ministro del Interior,

te socialista y no de un reformismo con halagos para la clase media. Vistas así las cosas, considero que el resultado electoral fue un éxito, aunque no colmó, desde luego, las aspiraciones de muchos que se hacían la ilusión de que íbamos a sacar setecientos u ochocientos mil votos. Nuestra política alcanzó el tercer puesto, muy lejos de los dos grandes colosos, pero con el valor de una cuña o elemento nuevo en el plano electoral y en el plano político.

Después del nueve de diciembre

J. M.—Arriba están Acción Democrática y COPEI. De los demás partidos y candidaturas, Jovito Villalba salió hacia el extranjero, Pedro Tinoco disolvió su movimiento, se borró la figura del general García Villasmil, volvió a dividirse el Partido Comunista, desertaron muchos del MEP, agonizó el escindido perzjimenismo, tan amenazador años atrás... ¿Y vosotros? ¿Cuál es vuestra situación exacta en estos momentos?

J. V. R.—La única política que sigue en pie —además de los dos Partidos del Sistema— es la representada por nosotros, es decir, por la candidatura, por el MAS y por el MIR. En el plano organizativo, hemos estado viajando intensamente por todas las regiones del país, visitando de nuevo los sitios visitados durante la campaña, entrando en contacto con cuantos nos ayudaron de alguna manera. Un trabajo invisible, que sólo percibe quien está directamente tocado por él. En el orden ideológico, se ha venido confirmando la caracterización que nosotros hicimos del sistema económico vigente, de su expresión política, de lo que representaban las victorias electorales de Acción Democrática o COPEI (que para nosotros son prácticamente lo mismo), dentro de un cuadro que nos ha permitido —y esto es muy importante— aparecer ante el país como una fuerza nueva y responsable. Porque nuestro problema no era únicamente surgir de las elecciones como una fuerza cuantitativamente importante, sino conseguir que el país nos visualizara como algo más que un guarismo electoral, como algo más que una expresión ideológica de la izquierda, en este caso, del socialismo. Necesitábamos que nos visualizara como algo nacional. Nosotros hemos hablado de nacionalizar el socialismo, de colocarlo a la altura del venezolano común y corriente, de que ese venezolano vea en la fórmula socialista no un salto en el vacío ni el apocalipsis, sino una fórmula viable, en la cual pueda vivir mejor y trabajar. Creo que hasta ahora hemos conseguido avanzar en esa dirección.



«Lo único a que aspira el proyecto de Carlos Andrés Pérez es a incentivar el capitalismo venezolano, a entregarle áreas explotadas por el capital extranjero».

bía de verda, en COPEI. El valor de un color o de un símbolo es decisivo. Nuestra política es fundamentalmente cromática. Y acreditar un nuevo color, ya en el proceso electoral, significaba un esfuerzo inmenso. Acreditar un símbolo (en nuestro caso, el puño; luego, el rostro mío en la tarjeta; también, la imagen de unos hombres de pie) era difícil, sobre todo porque no logramos que nos concedieran un color unitario para poder decir, por ejemplo, vote por azul y está votando socialismo, lo que nos obligó a recurrir a una serie de combinaciones de colores y de símbolos. Y así, teníamos que decirle al elector que la tarjeta del socialismo era la de color magenta, con un hombrecito de pie y con un puño, cosa que, desde el punto de vista publicitario es sumamente

secretario general del partido más poderoso del país, jefe de la fracción parlamentaria más importante del Congreso Nacional. Yo, en cambio, era un modesto diputado, con todo el bloqueo que normalmente tiene cualquier figura política de la izquierda en estos países. Vender la imagen de mi candidatura sin los recursos que tenían, por ejemplo, el señor Tinoco o las grandes maquinarias políticas de Acción Democrática y COPEI, era un trabajo muy grande, un esfuerzo impropio. Pues bien, a pesar de ello, nosotros logramos legalizar un partido, acreditar unos símbolos, acreditar una candidatura y llevarla hasta los últimos rincones del país. Obteniendo, entre la votación del MAS y del MIR, el apoyo de unos trescientos mil votos. Todos ellos en función de una política inequívocamen-



Vista parcial de la Ciudad Universitaria de Caracas. Al fondo, edificios de apartamentos y oficinas en los barrios modernos de la capital.

Carlos Andrés Pérez: reformismo y apoyo a la economía nacional

J. M.—He oído a mucha gente elogiar la política de Carlos Andrés Pérez. Me han hablado de sus disposiciones fijando el salario mínimo o prohibiendo el despido injustificado. También es notoria su posición nada servil hacia el capital extranjero...

J. V. R.—El capitalismo venezolano es el más atrasado, el más incapaz, el más inepto, porque es un capitalismo parasitario que no ha hecho otra cosa que vivir y medrar a la sombra del Estado. Lo único a que aspira el proyecto de Carlos Andrés Pérez es a incentivar ese capitalismo, a entregarle áreas de la economía hasta ahora explotadas por el capital extranjero. Así, por ejemplo, la nacionalización del petróleo, dentro de la concepción de este Gobierno, lo que pretende es entregar el negocio petrolero a la burguesía venezolana, como quiere también entregarle el hierro. Para nosotros, desde luego, entre que el hierro o el petróleo estén en manos de las compañías extranjeras o en manos de nuestra burguesía, preferimos lo segundo, a

la vez que alertamos al país de que ésta no es una solución, puesto que sólo contribuirá a que los ricos se enriquezcan aún más. Carlos Andrés Pérez está repitiendo, en cierto modo, lo que gritaba Guizot a la burguesía francesa: «¡Enriqueceos!». Es decir: que aproveche la oportunidad de enriquecerse a base de las nuevas áreas de trabajo. Por lo demás, el proyecto político de Carlos Andrés Pérez, que tuvo ribetes muy especiales durante los dos primeros meses de Gobierno, estaba, en efecto impregnado de algunas dimensiones sociales: exigir ciertos sacrificios a los poderosos con objeto de retribuir, a través de migajas, a la gran masa que no posee. Eso condujo al Gobierno a dictar inicialmente algunos decretos: aumento de salarios, fijación del salario mínimo (en Venezuela, aproximadamente, seiscientas mil personas tenían un salario mensual medio de doscientos bolívares, es decir, de unos cuarenta dólares; el Gobierno fijó el salario mínimo en cuatrocientos cincuenta bolívares), disposiciones sobre las ventas a plazos (aquí se cobraban intereses que llegaban hasta el sesenta por ciento; ahora el interés máximo es del doce por ciento, más un seis por ciento de gastos operacionales)..., medidas todas ellas que, en su conjunto, crearon ciertas fisuras en el blo-

que social y económico que pesaba sobre el país. Produjeron ciertos desajustes. Un capital como el nuestro, tan asociado a las compañías transnacionales, tan asociado a la inversión extranjera, no logró entender la transferencia que se le hacía de la explotación de ciertas áreas económicas. Por inercia, por rutina, prefiere seguir asociado al capital extranjero. Muchos no logran entender por qué Fedecámaras se oponen a la nacionalización. La explicación es muy sencilla: nuestro capital no sólo es parasitario del Estado, sino que lo es también del extranjero. Las grandes compañías petroleras tienen asiento en Fedecámaras, y su peso allí es decisivo. Y consiguen que Fedecámaras hable en contra de la nacionalización, cuando los intereses de la burguesía venezolana deberían estar a favor de la misma.

J. M.—¿No podría pensarse que el acento reformista de Carlos Andrés Pérez os ha colocado en una situación difícil? De un lado, su política no ha respondido a la imagen con que lo presentaban sus enemigos; de otro, ese reformismo ha cuestionado la oposición sistemática de la izquierda a cuanto viniera del Gobierno...

J. V. R.—Esas medidas reformistas movieron un poco el piso. Y nosotros las apoyamos. En primer lugar, porque creemos que muchas

de tales medidas las habíamos planteado nosotros. Medidas reivindicativas, aplicadas ahora con carácter reformista, pero no por ello rechazables. Porque el problema no es el reformismo en sí, sino el no quedarse en él, el plantearse el reformismo dentro de una determinada perspectiva. Nosotros podemos utilizar la política reformista en función de la meta socialista. El costo de la vida estaba subiendo, la producción, en el suelo; existía una gran crisis especulativa y todo ello exigía el aumento de los salarios. Cualquier política de salario mínimo tenía que ser apoyada por nosotros. Este apoyo nos permitió entrar en el manejo de las cosas que diariamente vive el país. La izquierda, en Venezuela, y creo que en la mayor parte del mundo, tiene la inclinación a abstraerse de los grandes problemas inmediatos; sólo los enfoca a nivel teórico, los examina en términos generales y, por su rechazo del reformismo, es incapaz de descender a los problemas menudos de la gente, a los problemas del estómago y del mercado. Nosotros, en cambio, nos sumergimos en ese torrente y hemos conseguido vincularnos con sectores que indudablemente votaron por Acción Democrática (que obtuvo el cincuenta por ciento del total de los votos). Acción Democrática suele, tras ganar las elecciones,



¡Ohhh!

Un sorbo bien combinado.
A su antojo: tónica, limón, cola... Y siempre hielo.
Y un sabor familiar con ese toque divertido de un buen Gin.
Mas algo muy particular que... ¡Mmmm!
Atrévase a definirlo usted mismo.

GIN SIMPSON



JOSE VICENTE RANGEL, VENEZOLANO

sumergirse en el invernadero de la burocracia y de las rencillas menudas. Y mientras esto ocurre, el pueblo adeco está abandonado. Dándose el caso de que un partido que ha obtenido el cincuenta por ciento de los votos es incapaz de provocar una manifestación de cien personas para respaldar un Decreto del Gobierno. Un Gobierno que está prácticamente ausente de la calle. En ésta hemos entrado con la autoridad moral que nos da el haber apoyado las medidas económicas. Nosotros defendimos los decretos iniciales del Presidente, y con ese aval hemos ido a los sindicatos y recorrido los barrios, consiguiendo que la gente ya no nos viera como a socialistas utópicos, marcianos caídos del cielo, sino como a venezolanos que están hablando del socialismo en función del alto costo de la vida y del desempleo. Porque no hay que olvidar que la respuesta de nuestra burguesía al reformismo fue brutal. Cuando se decretó el aumento de salarios, inmediatamente se produjo una ola de despidos, que llevó a la calle a casi ochenta mil trabajadores en cosa de quince días. Esto obligó al Gobierno a dictar medidas en contra de los despidos y, después, a llevar al Congreso un proyecto de Ley en contra de los despidos injustificados. Por otra parte, muchos trabajadores aún no reciben el salario mínimo o los aumentos a que tienen derecho. Organizar a los trabajadores para exigir el cumplimiento de los decretos implica una vinculación muy importante entre ellos y nosotros, en función de sus problemas reales. Los cuatrocientos cincuenta bolívares de salario mínimo no acaban, desde luego, con la explotación brutal del sistema capitalista, pero son para el trabajador una conquista importante.

Esta acelerada política reformista se mantuvo durante unos tres meses, que llevaron al Gobierno, según revelaron las encuestas, a un ochenta por ciento de popularidad. Las últimas encuestas descubren, sin embargo, que ese prestigio ha caído en picado y que el porcentaje de adhesiones no pasa del cuarenta por ciento. Ciertamente, contó al principio la euforia lógica de todo Gobierno que llega al poder; pero en este descenso de popularidad hay que ver, sobre todo, el hecho de que el esquema gubernamental se ha ido desenmascarando. Y esto es lo más importante para nosotros. El país ha entrado en una situación que nos permite trabajar con ventajas que antes no teníamos. Por ejemplo, éste es un país donde existe una gran miseria, pero en el que los precios, como resultado de los subsidios, han sido estables. El chorro de divisas recibido permitía comprar alimentos, lo que explica, por ejemplo, que el precio de la leche haya sido, durante veinte años, de un bolívar. En todas partes subía, mientras que

aquí se mantenía ese precio artificial. Y resulta muy difícil mover a las masas cuando los precios están prácticamente congelados. Hoy estamos viviendo en Venezuela la inflación por primera vez. Día a día suben los precios, no en la forma vertiginosa que lo hacen en otros países, pero sí en términos que impactan a una sociedad que no está acostumbrada a ese proceso. Eso ha llevado a las masas a cierto nivel de radicalismo, que antes no existía. Hoy en día, la gente siente el problema de los precios, siente que le están sacando el salario del bolsillo, que está pagando el tributo a la inflación. Sabe además —por que se lo estamos diciendo— que los ricos, que los poderosos, están siendo subsidiados por esa inflación. Sabe también que cuanto supuso el aumento de salarios, con la consiguiente repercusión en los costos, lo ha transferido así el capitalista al consumidor. Y si alguna duda le quedaba a la gente sobre el fracaso último del reformismo, sobre la imposibilidad de un auténtico desarrollo social en el marco del capitalismo, tal y como nosotros lo decíamos en la campaña electoral, ahora la realidad nos ha dado la razón. No ha habido en la Tierra, en el mundo, desde que existe la Humanidad, un país con mayores oportunidades, recursos y condiciones para haberse desarrollado, con un Sistema adecuado, que Venezuela. Un Gobierno con el cincuenta por ciento de los votos, sin oposición durante varios meses, con un presupuesto fabuloso, con el regalo este año de diez mil millones de dólares por obra del aumento de los precios petroleros —y seguramente serán otros diez mil o quince mil millones el año entrante—, en un país de sólo doce millones de habitantes, sin obstáculos de ninguna especie, sin problemas de orden público, sin problemas de conspiración política, contaba con todos los factores favorables para hacer algo verdaderamente importante. Pero nos encontramos con que el último discurso del Presidente de la República viene a ser el reconocimiento de que es imposible avanzar. Creo que la situación nos da a nosotros nuevas posibilidades. No hay problemas internos entre nosotros, desarrollamos la línea política con bastante eficacia, aunque se produzcan las fallas normales de todo movimiento que cuenta con pocos recursos.

Una nueva imagen de la izquierda

J. M.—Vuestro planteamiento rompe con el habitual comportamiento de la izquierda latinoamericana. En general, aquí se osciló entre una tendencia a crear frentes populares, con alianzas más coyunturales que profundas entre los par-

tidos de la izquierda, y una posición radical, guerrillera o paraguerrillera, que consideraba automáticamente sospechosa cualquier relación con los sectores del Sistema. Vuestra manera de apoyar el reformismo y de analizar la actual política gubernamental contrasta con las afirmaciones axiomáticas, más moralistas que dialécticas, que suelen oírse de los hombres de la izquierda. Podría incluso pensarse que la ilusión revolucionaria ha sido el lastre de muchos movimientos latinoamericanos, faltos de un sentido preciso de su realidad. ¿Hasta qué punto cabría considerar vuestra política actual como la consecuencia autocrítica de errores anteriores? ¿Hasta qué punto sois entendidos o condenados por quienes tienen de los partidos socialistas una imagen más tajante, menos contaminada de los límites de la realidad?

J. V. R.—Creo que la izquierda latinoamericana ha pecado mucho de una acentuada intelectualización y de algo que, a mi manera de ver, es clave en todo este problema: la falta de una inserción real en los problemas concretos. Se ha trabajado siempre a base de los manuales, de la importación acrítica de una serie de modelos, pretendiendo que por el hecho de haber tenido éxito en otro país iban también a tenerlo en el nuestro. La experiencia cubana y su proyección lo demuestran. Se pensó que bastaba encaramar a un grupo de veinte o treinta personas en un cerro para que en cualquier país se repitiera el proceso cubano. O se pensó, más recientemente, que con unir a varios partidos de izquierda se podían ganar las elecciones y acceder al Gobierno, tal y como sucedió en Chile. Y no es así. La realidad de cada país es muy terca y muy difícil. Lo que nosotros pretendemos —dicho sea sin ánimo de transferir nuestra actitud— es pensar en términos simples...

J. M.—Quizá no sea éste el caso de la importación acrítica que tú denuncias, y bien pueda decirse que toda la izquierda latinoamericana necesita volver a pensar, cada una en su circunstancia, en términos simples. Viendo, por ejemplo, muchos espectáculos asentados en una ideología revolucionaria, tenemos la impresión de que sus autores se desentienden de lo que realmente sucede o ha sucedido. Se repiten los principios, se afirma terca y terca, que pase lo que pase, todo acabará con el triunfo de la Revolución, mientras nosotros sentimos que ese "pase lo que pase" no vale, que es necesario referirse muy concretamente a lo que pasa y su porqué. Vuestra actitud tiene algo de melancólica necesidad de poner los pies en la tierra.

J. V. R.—No quiero renovar la crítica que recientemente se ha hecho a la izquierda ni enmendar la plana a otros movimientos del país

que adelantan su política. Siempre he pensado, y así lo dije en la campaña electoral, que aquí, en Venezuela, aquellas fuerzas que quieran apelar a otro medio de lucha o hacer otra radiografía del país están en su derecho. La polémica no es entre la izquierda. Nuestra polémica es contra el Sistema, contra la derecha. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que si el socialismo es para la mayoría de la nación, esa mayoría tiene que captar lo que es el socialismo. Estamos de vuelta de una serie de radicalismos y estridencias. La gente no entiende que en un momento dado, de repente, un grupo de personas quemen un autobús o rompan unas vidrieras. El problema no es ése. El problema es ver cómo nos metemos en los sindicatos, entre los marginados. Sabemos que eso supone chocar con una serie de esquemas de la izquierda. Aquí los hemos desafiado. Y supone, al mismo tiempo, afrontar un riesgo: que el reformismo llegue a absorbernos. Porque por la vía de normalizar nuestra política, corremos el peligro de que pierda sus arrestos críticos, su capacidad de cuestionamiento, que nos son fundamentales. Quizá, pues, nuestro mayor desafío sea conseguir el equilibrio. Es decir, que no se nos confunda con una fuerza reformista —y, lo que es peor, que no lleguemos a serlo, mientras proponemos el socialismo para el país— y que, al mismo tiempo, utilicemos el reformismo como un lubricante que ayude a introducir en Venezuela la idea de vivir en socialismo.

América Latina

J. M.—¿Qué relación hay entre lo que dices y la situación política actual de América Latina?

J. V. R.—El cuadro general de América Latina es dramático. No puede serlo más. No sólo por la fuerza y la eficacia demostradas por el imperialismo, sino por los errores en la conducción revolucionaria. Cuando uno adelanta una determinada acción tiene que contar con que el imperialismo está atento a cualquier movimiento, a cualquier desajuste y, por lo tanto, que va a actuar. Y lo mismo la derecha. Ahora bien: ¿en qué medida la izquierda latinoamericana ha estado a la altura de la conducción de un movimiento de masas? Yo creo que ha estado muy por debajo de lo necesario. Ha pecado de infantilismo, de falta de realismo. Ha querido imponer ciertos esquemas en forma rígida, sin considerar la existencia de realidades sociales, económicas, incluso humanas, diferentes. Y eso nos ha llevado a la situación dramática en que nos encontramos. Entre la izquierda existe ese principio casi mesiánico de que al final el destino será socialista porque no se puede pensar ▶



Colección Primavera-Verano, Otoño-Invierno 1974.

Presentamos en exclusiva, al entendido público, una colección monográfica, divertida y económica: Dyane-6. Original de la casa Citroën, París.

Modelos prêt-à-porter, diseñados para llevarlos en cualquier época del año. Con sol, aire, lluvia, frío.

Indicados para personas de gran estilo: para jóvenes sin prejuicios. Para señores - y señoras - que no pueden perder su tiempo en gasolineras, talleres y similares.

Modelos de alto rendimiento, quedan muy bien en ciudad y entonan perfectamente con el campo. Incluso se

pueden usar para correr en algún que otro rallye. O en un PoP-Cross.

Recomendados por su insólita sencillez. No necesitan suplementos. El Dyane-6, de Citroën, está especialmente diseñado para andar por la vida con cierta desenvoltura.

Financiación Seficitroën



Dyane 6. Para gente encantadora.

CITROËN ^ DYANE 6

JOSE VICENTE RANGEL, VENEZOLANO

que las masas vivirán eternamente en su actual explotación y miseria. Pero como nuestra tarea es la de acelerar ese proceso sin esperar a que se cumpla por obra y gracia de los mecanismos revolucionarios que se mueven en el seno de toda sociedad, pienso que la izquierda latinoamericana tiene que pensar seriamente sobre lo que está ocurriendo. A mí me inquieta, por ejemplo, la suerte de Argentina. Creo que ahí se ha ido desde una falta muy aguda de percepción sobre lo que iba a ser un nuevo Gobierno peronista hasta un marcado infantilismo una vez instalado el peronismo en el poder. Se han provocado desafíos, a menudo estériles, incluso actitudes que lindan con la provocación pura y simple. El caso chileno, tan doloroso y lamentable para todos, obliga a hacerse muchas reflexiones en torno al manejo de ciertas ideas frentistas. Poniendo a un lado la figura de Salvador Allende, que fue el hombre que tuvo una visión más clara de todo el problema, la responsabilidad del Partido Socialista y del Partido Comunista en el manejo diario de la política, en la instrumentación de la Unidad Popular, a base de roces y choques permanentes que agotaban internamente al Gobierno, es algo que debe ser analizado. Y aquí, en Venezuela, estamos en óptimas condiciones, si las sabemos aprovechar, para ello. Creo que son muy superiores a las del pasado, aunque aún existan muchos que quieran imponer a los demás su punto de vista, sin invitar a esa reflexión que reclama el país. Una cosa que tiene que entender la izquierda —y nosotros lo estamos diciendo diariamente— es que el problema no es de quién grita más, de quién es más heroico, de quién se puede rasgar más rápidamente la camisa y exponer el pecho al impacto de las balas, de quién es más puro; porque, en último término, las masas no se guían por esos valores. Esos son los valores de la mitología revolucionaria, pero no los valores del país. Los valores del ciudadano común y corriente —y el socialismo es una política para el hombre común y corriente, no para la vanguardia— están ligados a los problemas que le afectan diariamente, quizá despreciables para muchos intelectuales, para quien no los vive, por su origen de clase. Quizá despreciables para quien no los siente, porque está situado en una escala de la vida en que esas cosas no se sienten. Por ejemplo, un estudiante no puede sentir el efecto de la erosión que causa en el salario la inflación del mismo modo que la vive un obrero. El no paga luz, no paga casa, no paga el mercado. Para nosotros, la clave del desarrollo de nuestro movimiento está en que podamos hacer una política al nivel del hombre común.

J. M.—De no hacerlo así, resulta que cualquier reformismo populista arrastra a la mayoría. Podríamos citar muchos ejemplos. Para el hombre de la calle pesa más una promesa concreta que el discurso sobre una futura sociedad sin clases.

J. V. R.—Cada día que pasa, los métodos de trabajo político se identifican más. Recuerdo que durante la campaña electoral francesa, Mitterrand decía que no podía proponer nada por la mañana, porque Giscard se lo copiaba por la tarde. Aquí ocurrió eso mucho durante la campaña electoral. A nivel de lenguaje y de trabajo se ha producido una mimetización. La derecha se ha dado cuenta de que tiene que tomar ciertas ideas de tipo social, que tiene que ir a los barrios. Existe, pues, una competencia. Y el

hombre común y corriente, si no está claro ideológicamente, no tiene por qué desentrañar a fondo la razón de lo que se le ofrece. Al fin y al cabo, lo que le interesa es su trabajo, su comida, su vivienda y la educación de sus hijos. No soy pesimista, pero tampoco optimista en todo esto. A las dificultades que pone la derecha hay que añadir las que pone eso que, en términos generales, llamamos la izquierda. Tenemos que aceptar la existencia de los distintos niveles de comprensión si queremos ir adelante. Creo, en última instancia, que las condiciones no son malas. Y que hemos salido vivos del proceso electoral...

J. M.—El nuevo ánimo puede parecer pesimista. Pero quizá ello se deba a una saludable pérdida de

triumfalismo y a un mayor nivel crítico.

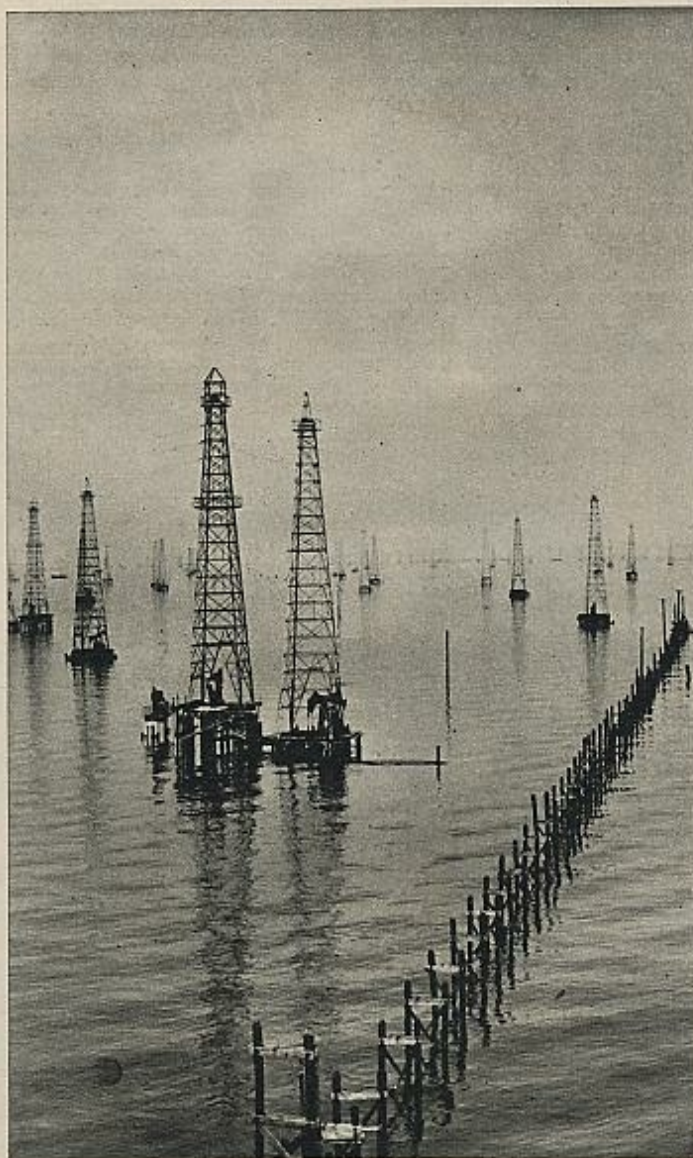
J. V. R.—Así es. Es una toma de conciencia severa, una apreciación crítica y autocrítica muy importante, que responde a una mejor evaluación de lo que somos y de nuestras posibilidades. Ha habido, como muy bien señalas, un triunfalismo, y también el hondo pesimismo de quienes iban hacia ahí porque no veían otra cosa. Ambas posiciones han sido derrotadas. Avanzamos hacia una cierta objetividad.

J. M.—Quizá haya contribuido a ello el desgaste de Cuba como mito. Ni la revolución de Cuba es exportable ni el triunfalismo de Fidel significó la solución paradisíaca. Me parece que hoy Cuba tiene una proyección sobre Latinoamérica mucho más ajustada a la realidad que antes.

J. V. R.—Si Cuba juega un papel muy importante como hecho revolucionario, como país que se liberó del capitalismo. Pero ya la gente ha entendido que Cuba es Cuba y Venezuela es Venezuela. Y que incluso nuestro mejor modo de ayudar a Cuba y de presentarnos en el mundo es hacer el socialismo atendiendo a las características específicas de la realidad venezolana.

J. M.—¿Cómo interpretas esa nueva y general aceptación de Cuba que se respira ya en la mayor parte de América Latina? ¿Hasta qué punto ha influido en ello una nueva actitud cubana?

J. V. R.—Hoy día ya no es Cuba la que está cercada, sino la OEA como expresión de un sistema interamericano, cuestionado no ya desde el flanco de la izquierda, desde el flanco cubano, sino desde el propio flanco del reformismo. Países con Regímenes de derecha reclaman de los Estados Unidos un tipo de política cubana diferente. Los intereses de clase de una burguesía en ascenso entran en conflicto con la inversión extranjera y las compañías transnacionales. Y ello obliga a un replanteamiento de toda la política del hemisferio. Cuba viene a ser hoy la expresión de un ejercicio de la soberanía nacional. Si un país quiere demostrarles a los Estados Unidos su voluntad de hacer una política más o menos independiente, establece relaciones con Cuba. Es un problema a punto de resolverse. Se está simplemente cumpliendo un trámite en la OEA para que el reconocimiento se produzca a través del órgano jurisdiccional. Pero aunque fuera rechazada, Venezuela las restablecería. Lo está haciendo con países incluso más conflictivos, como la República Democrática Alemana, Corea o Vietnam. La relación entre países ha dejado de ser una definición ideológica, para convertirse en una simple afirmación de independencia y en la base de relaciones comerciales e intercambio de tecnología. ■ J. M.



«Entre que el hierro o petróleo estén en manos extranjeras o de nuestra burguesía, preferimos lo segundo, aunque no sea nuestra solución».